

ESCENA IV

TERESA, la PRIMA y el HEREU.

HABLADO

- HEREU. ¿Y vosotras no venís?
 TERESA. Yo todavía no. Esta noche estoy desvelada.
 PRIMA. Yo la acompañaré.
 HEREU. Mira, Teresa, que está amaneciendo.
 TERESA. No tengo ganas de dormir.
 HEREU. Pero mañana las tendrás.
 TERESA. Mañana será como todos los días. Esta noche siento deseos de estar despierta. Quiero que entre en mi la noche. Empaparme en la luz de la luna.
 HEREU. Dios te dé juicio. ¿Qué más tiene esta noche que otra cualquiera?
 TERESA. No lo sé. Las otras no las veo... y si te dijese por qué me agrada esta, no me entenderías... Tiene como una obscuridad luminosa...
 HEREU. No vengas con rarezas de las tuyas. La luz es del día, no de la noche.
 TERESA. Eso es según y como... Ya te dije que no me entenderías.
 HEREU. Pues oye, por mi puedes hacer tu gusto... Pensé que estabas ya curada de tus extravagancias, y veo que no. ¿Es que te ha dicho la buena ventura que no duermas?
 TERESA. Puede que me lo haya dicho.
 HEREU. ¿Todavía crees esas necedades?
 TERESA. Me agrada creerlas. ¡Qué quieres que te diga! Estoy tan cansada de que no me dejes creer más que en la realidad, en lo que se

- ve y se toca, que tengo hambre de creer en lo que no se ve y se adivina.
 HEREU. Vaya, vaya. Estás loca de remate. Vives delirando.
 TERESA. No creo que me dejes tiempo para delirar. Todo el año hablamos de cosechas... de fincas... de dinero... de cosas que tú llamas positivas... Me parece que puedo tomarme una noche, aunque sea para delirar.
 HEREU. Tómatala, tuya es.
 TERESA. ¿Sabes bien lo que dices?
 HEREU. Que no duermas, si no quieres. Después de todo, una noche perdida, ¿qué más da?
 TERESA. Puede perderse tanto en una noche sin dormir... ¡Puede pasar tanto!
 HEREU. Todo lo que puede pasar es que mañana veas turbio.
 TERESA. Y que tú no veas, ó veas demasiado claro.
 HEREU. Bah, no te entiendo, y creo que acabarás por no entenderte tú misma. En estas horas se te adormece el entendimiento.
 TERESA. Pero se me despierta el corazón.
 HEREU. No te comprendo. Te digo que Dios me dé las cosas claras.
 TERESA. Yo creo que te hace un bien con obscurecértelas.
 HEREU. Pero ¿qué demonio te pasa? Si no te viera con los ojos abiertos, me parecería que estabas soñando.
 TERESA. Ya hace tiempo que sueño.
 HEREU. Pues entra, entra y á dormir.
 TERESA. Dejaría de soñar y quiero soñar.
 HEREU. ¡Bah... bah! Siempre la misma. *(Entrase á la casa airadamente y refunfuñando.*

ESCENA V

TERESA y la PRIMA.

- TEB. ¡Ay, prima mía! . . . ¿No sabes? . . .
- PRIMA. ¿Qué? ¿Qué te pasa?
- TEB. Vendrá. Si, vendrá.
- PRIMA. Pero ¿quién?
- TEB. El. . . Para mí no hay más que él. . . Me lo ha dicho el Glosador. . . y vendrá. . . estoy segura que vendrá.
- PRIMA. ¡Dios mío! . . . Piensa. . .
- TEB. No se puede pensar nada. Vendrá el que espero. ¡El! El que no sé si es bueno ó malo. . . si me engaña ó no. . . sólo sé que es él; el que apenas si he visto y que no dejo de verle nunca.
- PRIMA. ¿Y quién es ese?
- TEB. Tú eres la única que sabes mi secreto y no sabes nada porque nada sé yo tampoco. Sé que es él. . . el que quisiera abrazar cuando mis brazos se sienten deseosos de estrechar á alguien contra mi pecho; el que teniendo en los ojos luz para iluminar toda la tierra, se envuelve en la más densa obscuridad. . . Huye á la luz del sol.
- PRIMA. ¿Y le has visto siempre de noche?
- TEB. Siempre. ¡Quién sabe si por eso me ilusiona. Yo me casé con el Hereu, porque me dijeron que me convenia. . . que yo no tenia nada y él poseía grandes riquezas. . . que la vida era sólo pasar años y años y verlos pasar sin pena ni contento. . . y me casé, como tantas otras se casan. . . porque nos llevan á casarnos.
- PRIMA. ¡Pobre Teresa! Pero ¿no quieres á tu marido?

- TEB. No lo sé. . . Creo que sí, pero no te lo aseguro. . . Vivo con mi marido para las cosas que él llama serias. . . para las faenas de la casa. . . para llevar cuentas y guardar dinero; para estar junto de él en mesa más grande y en lecho más ancho. . . y vivo así mientras vivo con los ojos abiertos; pero si los entorno siquiera. . . entonces voy con el pensamiento hacia él, hacia el que es casi una sombra. . .
- PRIMA. Pero tú desvarías, Teresa.
- TEBES. No lo quiero saber.
- PRIMA. ¿Cuántas veces le has hablado?
- TEBES. Una sola. Le había visto cuando soltera; pero siempre de pasada. . . le vi después, ya mujer del Hereu, y solo le he hablado una noche de San Juan, clara, serena y estrellada como la de ahora. Aquí fué. . . junto á la hoguera. . . solo estuvimos un momento juntos y sentí aquí (*Por la boca.*) una quemadura que me esuece todavía. . . no sé si de la noche, de la hoguera ó de los labios encendidos.
- PRIMA. ¿Qué dices? ¿Le besaste? (*Se oye á lo lejos el canto del cazador.*)
- TEBES. (*Con gran ansiedad.*) Calla. ¿No oyes? Es él. Es el que viene, estoy segura. Es su voz. Es él, que se acerca. Vete y déjame con él. . . vete. . .
- PRIMA. ¿Vas á quedarte sola? Mira, Teresa, lo que haces. . .
- TEBES. (*Fuera de sí, con expresión casi fantástica, que ya no dejará, é irá creciendo hasta la salida del Hereu.*) ¿Qué he de mirar, cuando lo que parecia un imposible se acerca!
- PRIMA. Teresa, por Dios. ¿Qué tienes, qué te pasa?
- TEBES. No lo sé. Debe ser la noche. Esta noche se me ha entrado hasta lo más hondo del cora-

zón, y el corazón se me desborda. . . Arden dentro de mí las hogueras que se apagan en la montaña y en la llanura. *(Se oye más cerca la canción del cazador.)*

CAZADOR. *(Aquí canta el número cuarto.)*

TERESA. Ya está aquí. Vete.

PRIMA. Pero

TERESA. Déjame sola con él y con la noche

(Vase la Prima, y Teresa se queda como traspuesta, ensimismada, atenta á las últimas notas del canto y como queriendo penetrar con la mirada en las lejanías que envuelven las sombras. Todo calla. Sólo á lo lejos se siente el rumor apagado de la noche. El rumor misterioso de los estremecimientos del paisaje, de la tierra que vela, de la vida que sueña. Teresa acaba por mirar como una loca, sin saber ni á dónde mira. Se recomienda á la actriz, en momento entre real y fantástico. El Cazador aparecerá súbitamente entre los pinos como una sombra evocada y también entre real y fantásticamente, llevará la palabra y la acción. Dejará su escopeta contra un árbol é irá aproximándose lentamente á Teresa, llamándola en voz baja hasta llegar á su lado.)

ESCENA VI

TERESA y el CAZADOR

HABLADO

CAZADOR. ¡Teresa, Teresa! . . . ¿No me oyes? Teresa, soy yo. . . ¿No me escuchas? . . . Despiértate.

TERESA. *(Transportada.)* No sé si oigo ó si sueño.

CAZADOR. No sueñas, no; que me esperabas.

TERESA. ¿Cómo sabes qué te esperaba?

CAZADOR. Lo sé porque mientras he visto la hoguera encendida, aunque no me he acercado, te veía pasar entre las sombras, y sólo por las sombras te he conocido.

TERESA. ¿A mí?

CAZADOR. Te he conocido, sí, porque la sombra temblaba, y yo conozco el secreto de las sombras. Figúrate si conoceré á la que amo.

TERESA. ¡Dios mío! ¿Por qué has venido? ¿Por qué estás aquí? Me das miedo.

CAZADOR. ¿Por qué te doy miedo?

TERESA. Porque te espero y casi no sé quién eres.

CAZADOR. Ni quieras saberlo nunca. Piensa sólo que soy el deseo que llega . . . lo desconocido, que se ama y se aproxima . . . lo que no parece real y lo es . . . Piensa, si quieres, que sueñas . . . que el sueño es dulce . . . ¡y no quieras despertar! . . .

TERESA. Pero cuando despierte . . .

CAZADOR. Tarda en despertar, que cuanto más dure la ilusión, más dura la vida.

TERESA. Nada sé de la vida. . . Debo ser muy culpable cuando te espero sin saber por qué te espero.

CAZADOR. Qué has de serlo, Teresa, qué has de ser culpable. . . Me esperas, porque no eres tú quien me espera. Es este no sé qué, que no acaba nunca . . . el amor, que quiere volar y sale del nido del corazón . . . el afán de huir de eso que se llama verdad y no lo es, y que si llegara á serlo, valdría cien veces más la mentira.

TERESA. No sé si tienes razón; pero me parece que sí, porque lo dices tú . . .

CAZADOR. Claro es que la tengo. Y porque la tengo, vivo embriagado en tu amor, por lo que eres y por lo que pienso que eres.

TERESA. ¡Pero, Dios mío! ¿Qué es esto, dónde estoy?

- CAZADOR. No quieras saberlo; ¿para qué? Cierra los ojos á la verdad y mírame. Estás conmigo.
- TERESA. ¿Pero de dónde vienes y por qué vienes?
- CAZADOR. Porque soy el que ha gustado la hiel de la amargura de la vida y busca la miel de lo imposible... Yo he visto el mundo tal como es: hermoso por fuera y lleno de miserias y crueldades por dentro... También he saboreado toda la maldad de los hombres; también las uñas de la infamia se me han clavado en la carne... Yo he puesto mi corazón á la luz diciendo á todos: «¡Miradlo... aquí lo teneis... es vuestro!» El que no le arrojó una piedra, le lanzó un desengaño; el que no le hirió con un puñal, le desgarró con el ultraje... hasta que al fin lo encerré dentro de mí, muy dentro, y sólo sale á mis ojos para verte á tí, que no eres una verdad de la tierra.
- TERESA. Y de día también?
- CAZADOR. De día espero la obscuridad que no engaña como la luz.
- TERESA. De qué vives para vivir?
- CAZADOR. De qué vivo?... Vivo de velar á los que duermen... Vivo sólo en mí, teniéndote por compañía en lo más hondo de mi alma.
- TERESA. Es cierto, Dios mío?
- CAZADOR. Sí; allí te amo, como todo lo que se ama entreviéndose, como si fuese un ciego y tú lo desconocido... como á una fosforescencia de la obscuridad.
- TERESA. Pues yo no sabré decírtelo; pero te quiero de la misma manera. O porque jamás he podido ver en tí la frialdad de los demás hombres, ó porque eres superior á todos ellos, ó porque lo deseo; así lo imagino. No me falta nada en el mundo, ni la envidia de muchas mujeres: pues cuanto más dichosa parece

- que vivo, más se me va el corazón hacia tí, buscando la felicidad hacia tí, de quien sólo he sentido los labios.
- CAZADOR. Vienes siempre á mí?
- TERESA. Siempre. Pero mucho más cuando estoy sola... y no llamo estar sola á cuando lo estoy, no; sino cuando me siento estarlo. A veces, cuando estoy rodeada de más gente, me hallo más sola, sobre todo, hacia la tarde... cuando las campanas tocan la oración... y al sentir pesar ó alegría... y hoy, sobre todo, hoy más que nunca. La noche de San Juan me levanta en alto. Hoy sin tí, ó sin tu recuerdo, créeme, la tristeza me mataría.
- CAZADOR. ¿No adivinas por qué?
- TERESA. ¿Cómo quieres que lo adivine?
- CAZADOR. Porque casaste tu cuerpo, pero tu espíritu no; y el espíritu no se somete cuando siente deseos de amar, y cuando está solo se rebela. Hoy es la noche de los desamparados del amor... de los que no podemos tener casa... de los que no podemos tener seriedad... de los que no llevamos cuentas... de los que vivimos del aire, del cielo, del amor del cielo que lo nivela todo. Hay hombres que poseen todo lo del mundo; riquezas, felicidad, poder. Otras, en cambio, no tenemos nada. Pues Dios ha puesto un momento en la vida en que, haciendo temblar las almas, las une, acercándolas, y sólo en este momento les da toda la felicidad que tienen los otros, y aun más todavía...
- TERESA. *(Como suspirando con delicia.)* ¡Es verdad. Es verdad!
- CAZADOR. ¿No vivimos nosotros ahora estando juntos un instante, más que en un año de monótona existencia?
- TERESA. Es cierto. Esto es la plena vida.

CAZADOR. ¿No mitiga un sólo beso en los labios, la sed del amor de diez años de sequía? ...

TERESA. ¡Ay, sí; es verdad!

CAZADOR. Pues escucha bien, Teresa de mi alma: ya que la duración de la vida debe contarse por momentos de felicidad, y el cielo y la tierra, todo, se junta para servirnos el tálamo amoroso... Amémonos sin temor, sin miedo, que todo, todo nos convida y nos ampara. Ven, ven conmigo. *(Recogiéndola con cariño.)*

TERESA. *(Rechazándole d. leemente, aterrada.)* No; seguirte, no... no puedo moverme. Me sujetan aquí garfios invisibles.

CAZADOR. ¿No ves que aquí nos sorprenderá la felicidad, que el sol se acerca y con él se aleja la ilusión? ... Ven conmigo, amor mío, conmigo. Te llevaré á lugares solitarios, hechos para amarse á solas... A lugares esco didos donde no penetra ni la mirada de la luna.

TERESA. No; seguirte, no.

CAZADOR. Yo conozco todos las escondrijos de la quietud, de una quietud que no escucha, y que abriga y que guarda los secretos de los que se aman.

TERESA. No puedo... no puedo...

CAZADOR. Sé dónde anidan los pajarillos, y ellos nos harán sitio para anidar. Conozco frondas de flores, que al vernos nos regalarán con nuevas aromas... Sé todo lo de la noche... No la dejemos pasar, vida mía, que es la noche de San Juan, la noche del amor, la noche de la juventud, y las noches de la juventud sólo pasan una vez.

TERESA. Calla, por Dios.

CAZADOR. Pero ¿no me quieres?

TERESA. Quererte más, sería imposible.

CAZADOR. Pues anda... ven... mira que ya alborea... y

que si el sol abre sus ojos, el amor se esconderá....

TERESA. No veo nada. Todo lo llenas tú.

CAZADOR. Ven; si no tienes fuerza para andar, yo te llevaré con mis brazos en alto, como si llevase la custodia de la noche.

TERESA. ¡No, no!

CAZADOR. Si no quieres mover los labios para besar-me, yo te los abriré con los míos, dejándote en ellos encendido mi amor... Si quieres mi vida, no me abandones esta noche... ven, ven conmigo...

TERESA. ¡Dios mío! No puedo más! Tómame! Soy tuya! *(Cae desfallecida de amor en sus brazos.)*

CAZADOR. *(Recogiéndola como un tesoro.)* Así te quiero. No verte y sentirte mía. *(Quedan unidos en un beso largo y silencioso. A lo lejos, un coro de segadores pasará cantando, sin salir á la escena, naturalmente, el número 50. del apéndice. El horizonte irá iluminándose poco á poco.)*

HABLADO

TERESA. ¿Has oído á los segadores? Es el día que llega... Vete.

CAZADOR. Mientras dure la obscuridad no me pidas que me vaya. No podría dejarte.

TERESA. Déjame, por Dios.

CAZADOR. No temas, porque hasta el sol retardará su salida viéndonos juntos. El sol espera por los que se aman.

TERESA. Si me quieres, vete. Vete antes de que despierte á la realidad; vete, porque me siento culpable y el alba asoma.

CAZADOR. Todavía eres mía, y.....

- TERESA. Ya no, ya no. ¡Ira en el cielo la aurora riéndose de nosotros.
- HEBEU. *(Dentro.)* Teresa.
- TERESA. *(Sobresaltada.)* Vete.
- CAZADOR. Un último beso.
- TERESA. Por mi salvación. Vete.
- CAZADOR. El último. El más hondo, el que guardo á la claridad del pensamiento. *(La besa con pasión.)* Y ahora, adiós... y mirame dentro de tus ojos cuando yo no esté aquí... á la hermosa luz de tus sueños. *(Coge su escopeta y vase. Antes de desaparecer, y ya entre los pinos, vuelve los ojos hacia Teresa, exclamando:)* Teresa, hasta otra noche. *(Teresa, como arrobada, lo mira perderse entre los árboles del bosque.)*

ESCENA ULTIMA

TERESA, el HEREU; después el ABUELO.

- HEBEU. *(Saliendo.)* ¿Qué haces aquí? Responde. Dí, ¿por qué no has entrado?
- TERESA. *(Como si dormitase.)* No lo sé.
- HEBEU. ¿Por qué has pasado aquí la noche? . . . Con-
testa . . .
- TERESA. *(Como volviendo de un sueño.)* Nada puedo decirte. La noche me ha robado. Hasta ahora, con la claridad, no comienzo á despertarme.
- HEBEU. Pues despierta. Vamos, que ya es hora de que despiertes.
- TERESA. ¿Dónde estoy?
- HEBEU. ¡Ira de Dios! ¿Dónde has de estar? ¿No lo ves? Estás conmigo, con tu marido, con tu dueño . . .

- TERESA. *(Como abstraída.)* Todavía veo una estrella allá, á lo lejos.
- HEBEU. Sí, la estrella de la mañana. Conque... á la faena, á trabajar.
- TERESA. Espera . . . todavía
- HEBEU. El trigo no tiene espera. ¡Al terruño! *(Sa e el Abuelo, como quien acaba de levantarse y se dispone á trabajar.)*
- TERESA. *(Va al encuentro del Abuelo, abrazándole, como si se refugia a en sus brazos.)* ¡Abuelo!
- ABUELO. Sí, hija mía, sí. Hay que volver á amarrarse á la realidad. Mira el sol. Ya es de día.
- HEBEU. ¿Dónde miras?
- TERESA. Al cielo. *(Los segadores atraviesan por el fondo cantando. El abuelo coge la hoz y les sigue. El Hereu, con un ademán imperativo, ordena á Teresa que les siga también, y él se va detrás de ella por donde se han ido los segadores.)*
- HEBEU. ¡A la tierra!
- CORO: *(Aquí canta el número cinco).*

TELON LENTO